

Confiad en la piedra puesta en Sion

El individualismo autodestructivo y radical a menudo aísla a las personas unas de otras. Hay muchos que tienen en poco el valor de pertenecer a una comunidad. A muchos nos gustaría no tener que darle cuenta de nuestros actos a nadie, o, más bien, nos gustaría vivir así, mientras no tengamos necesidad, mientras no estemos solos ni sintamos temor.

Los cristianos a los que Pedro les dirigió esta primera carta habían sido apartados del estilo de vida que los había sustentado y dado su lugar en el mundo. Ellos necesitaban oír que pertenecían a una comunidad, que podían apoyarse mutuamente, que podían dar cuenta entre sí de sus actos; todo lo cual es el mensaje central de la porción 2.1–10. Ellos sabían qué habían sido, pero ¿qué eran ahora que se habían revestido de Cristo, y habían cortado los lazos que los ataban a su pasado? Pedro les estaba expresando: «Vosotros sois niños recién nacidos, que necesitan leche espiritual para crecer. Ustedes son piedras vivas, edificadas sobre Jesucristo, la piedra principal del ángulo, para formar un santo templo. Ustedes son un linaje escogido, favorecido de modo especial por Dios». El pertenecer a una comunidad y la solidaridad son conceptos centrales de estos versículos.

LECHE NO ADULTERADA PARA NIÑOS RECIÉN NACIDOS (2.1–3)

Eran pocos los lectores de Pedro que habían sido cristianos por más de diez o quince años. La mayoría eran considerablemente más jóvenes en la fe que eso. Había necesidad de redefinir la clara línea de demarcación que separaba la vida antigua de la nueva. Para que las vidas de ellos pudieran ser llenadas con la bondad de Cristo, primero tenían que vaciar toda la carga que traían del mundo.

La necesidad de desechar lo antiguo

Pedro los apremió a desechar sus antiguas actitudes de la vida. Les expresó: «Desechando, pues, toda malicia...» (2.1). La palabra «desechando» («haciendo a un lado», KJV; «líbrense», NVI) fue usada de un modo parecido por Pablo, el cual apremió a los cristianos en Efesios 4.22 a «despojarse» del viejo hombre y, en 4.24, a «vestirse» del nuevo hombre. Colosenses 3.8–11 es parecido. Pablo usó la misma palabra para rogar por que «desecharan» las obras de las tinieblas (Romanos 13.12). Es claro que, para poder *vestirse* uno de Cristo, algunas prendas deberán ser *eliminadas*. La malicia, el engaño, la hipocresía, las envidias, y las detracciones: Pedro decía que estas maldades representaban la antigua manera de vivir. Debían ser desechadas.

Las palabras de Pedro, en gran parte designaron características generales que el cristiano debía desechar, y no prácticas específicas. La palabra que se traduce por «malicia» es un término general para referirse a la mala voluntad. La palabra que sigue se traduce por «maña» en la NASB y en la KJV, pero en la NVI¹ se traduce por «engaño». En las escrituras griegas no neotestamentarias, la palabra se refiere a veces a la clase de anzuelo o carnada que un pescador usa. La palabra «maña» se refiere a la cualidad del que engaña a otro, por lo general con el fin de causarle daño. La tercera palabra, «hipocresía», no necesita mucha explicación. Es la característica del que busca llamar la atención haciendo uso de un estilo falso o solapado, o del que pretende ser lo que no es.

La «envidia», la cuarta palabra que Pedro usa, es una sutil maldad. No es exactamente lo mismo que los celos, aunque algunos de los significados

¹ N. del T.: En la Reina-Valera también se traduce por «engaño».

de ambas palabras coinciden. La envidia es el rencoroso sentimiento de descontento y de mala voluntad hacia otra persona, tan solo porque algo bueno le ha sucedido a ella, y ha sido bendecida. La envidia es un odioso defecto con el cual todos podemos identificarnos.

La última palabra, «detracción» («hablar mal»; KJV) se encuentra solamente en este pasaje y en 2ª Corintios 12.20. Significa difamar el carácter o buen nombre de otra persona. Sea verdadero o falso lo que se diga, sigue siendo detracción. Cuando alguien maliciosamente arruina la reputación de otro, él es culpable de calumnia.

¿Qué tienen estas palabras en común? Todas ellas describen defectos que destruyen la armonía y la buena voluntad. Se oponen diametralmente al «amor fraternal no fingido» (1.22). La iglesia del Señor es, por su misma índole, un pueblo que se ha unificado por el amor (Juan 13.35). Estas maldades dividen el cuerpo. Ellas son maldades de todos los días en el mundo, pero los cristianos deben apartarlas de sí. Para que los primeros lectores de esta carta llegaran a tener un sentimiento de solidaridad y unidad, ellos debían abstenerse de practicar tales maldades. Después de haber dejado su antigua manera de vivir, necesitaban el apoyo y fortaleza que un pueblo unido y preocupado podía brindar.

Desead la leche espiritual no adulterada

Pedro se refirió dos veces en el capítulo uno (vers.ºs 3, 23), al hecho de que sus lectores nacieran de nuevo. Desde el punto de vista espiritual, ellos eran niños. Debían desechar los estilos de vida del pasado y, como los niños que eran, debían desear la «leche espiritual no adulterada» (2.2). La diferencia entre una traducción y otra («leche de sinceridad de la palabra», KJV; «leche espiritual pura», NVI) refleja una palabra griega que es difícil de traducir. En la KJV, *logikon* se traduce por la frase «de la palabra», mientras que en la NVI se traduce por «espiritual». Afortunadamente, no es necesario resolver los problemas de traducción que hay aquí para sacar una importante conclusión. La espiritualidad está esencialmente ligada a la revelación de Dios en Su palabra. La palabra es la fuente de la cual fluye la fortaleza espiritual.

Es de notar cuán a menudo los hombres de Dios usaron el deseo de comer o de beber para simbolizar un anhelo por Dios, por Su palabra y por Sus caminos. Una de las bienaventuranzas reza así: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia,...» (Mateo 5.6). El salmista escribió: «Dios, Dios mío eres tú; de madrugada te buscaré; mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela, en tierra

seca y árida donde no hay aguas,...» (Salmo 63.1). Pedro describió el cuadro de un niño que ansía la leche para crecer. «Desead,... la leche espiritual no adulterada», expresó Pedro, «y se llenará de fortaleza y seguridad en la familia del Señor. Crecerá para conocer las riquezas que Cristo ha preparado para su pueblo».

UNA PIEDRA DESECHADA POR LOS HOMBRES, MAS ESCOGIDA POR DIOS (2.4-8)

Los cristianos experimentan un sentimiento de pertenencia a través de la común relación que tienen con la «piedra viva, desechada por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa». El Nuevo Testamento usa varias figuras llamativas para ayudarles a los cristianos a entender la naturaleza de la iglesia. Es un cuerpo, con sus diferentes miembros funcionando coordinadamente para el bienestar de la totalidad (1ª Corintios 12); es un reino en el que cada ciudadano funciona para el bien de todos; y es un edificio cuyas diferentes partes sostienen a la totalidad de él. Todas las figuras de lenguaje tienen esto en común: Todas recalcan la interdependencia del pueblo de Dios («porque somos miembros los unos de los otros», Efesios 4.25), y dejan en claro que los cristianos tienen la relación que tienen entre sí, por causa de la relación que todos ellos comparten con Cristo.

Piedras vivas

Pedro concebía la iglesia como una gran casa construida por Dios (2.4). Cristo es la piedra angular. No solamente el diseño y la estética del edificio, sino también Su apoyo, descansan sobre esta gran piedra angular. Pablo también escribió de Cristo como la principal piedra del ángulo, y añadió: «... en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor» (Efesios 2.21).

La iglesia es una casa espiritual unida en Cristo, pero también es un sacerdocio que ofrece sacrificios espirituales. La palabra «sacrificio» ha llegado a significar una cosa que uno se niega a sí mismo. Alguien podría decir: «Sacrifiqué mis vacaciones de dos semanas para pintar mi casa». No es el sentido de negarse uno algo a sí mismo, el que tiene la palabra «sacrificio» en 2.5. Allí se refiere a una ofrenda que se da libremente —una ofrenda que se da con alegría para la alabanza y la gloria del Padre. Cuando estaban bajo la ley de Moisés, solamente los sacerdotes tenían el derecho de ofrecer sacrificios. Todo cristiano es un sacerdote. El edificio en sí, es un sacerdocio santo. El sacrificio

que estos sacerdotes ofrecen es la totalidad de sus vidas —vidas que han renacido llevando la imagen de Cristo.

Una piedra puesta en Sion

Pedro les recordó a sus lectores de la continuidad de la que ellos participaban junto con el pueblo de Dios de eras pasadas. El profeta Isaías había hablado del momento cuando Dios pondría una piedra en Sion, una piedra angular probada y costosa (Isaías 28.16), y de cuando Dios mismo sería a Su pueblo desobediente una piedra para tropezar (Isaías 8.14). Pablo se refirió al rechazo sufrido por Cristo por parte de los judíos y combinó esos dos versículos en Romanos 9.33, al igual que lo hizo Pedro en 2.6–8. Los apóstoles reconocían que Cristo era la piedra angular que Dios había puesto en Sion, y la piedra en la que tropezarían los desobedientes.

La verdad que importaba era esta: Dios había hecho de Cristo, la piedra desechada, la piedra que le serviría de fundamento a Su edificio. En Salmos 118.22, se produjo esta idea. Cristo había citado el versículo en Mateo 21.42 (cfr. Lucas 20.17), y Pedro mismo lo había citado cuando compareció ante el concilio de Jerusalén (Hechos 4.11).

Todo esto le dice al cristiano quién es él: uno que forma una sola unidad con el pueblo fiel de Dios de todas las edades, un hijo de Abraham, un amigo de Isaías, un estudiante del salmista. Su herencia es rica y noble. La condición de «judío» (i.e., ser elegido de Dios) no consiste en un nacimiento físico, sino en formar parte de una herencia espiritual. Bien lo dijo Pablo en Romanos 2.28–29: «Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios». A cristianos que habían sido apartados de su antigua manera de vivir y de las tradiciones que los habían definido, Pedro les dijo: «Ahora ustedes pertenecen a un nuevo pueblo. Llegarán a conocer y a apreciar nuevas tradiciones y un nuevo legado espiritual».

Para los cristianos, Jesús era la preciosa piedra angular, el fundamento de la verdad, la fuente de la salvación y de la vida. Esta misma piedra, no obstante, era piedra de tropiezo para los desobedientes. No nos sorprende que algunos fueran desobedientes, no obstante, la última parte de 2.8, plantea algunas preguntas. ¿Qué quiso decir Pedro cuando dijo de los desobedientes, que ello era algo, «a lo cual fueron también destinados»?

Las palabras que usa la KJV son parecidas («a lo cual fueron también señalados»), y la manera como se traduce en la NVI («que es también para lo que fueron destinados») es de poca ayuda. El significado que podríamos derivar de estas palabras, es que los desobedientes no tuvieron elección para actuar, que fue debido a lo que ellos eran intrínsecamente, y a lo que habían sido destinados a ser eternamente, que ellos desearon el mensaje de Cristo. Por otro lado, Pedro pudo haber estado expresando que, dado el estado pecaminoso del mundo y dada la rebeldía que ha caracterizado a la humanidad, algunos estaban destinados a rechazar a Cristo. Si alguna responsabilidad tienen los seres humanos en su propia desobediencia (y ¿por cual otra razón habría escrito Pedro la carta?), debemos preferir la última explicación.

UN REAL SACERDOCIO, UNA NACIÓN SANTA (2.9–10)

«Vosotros sois linaje escogido», les dijo Pedro, «real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios» (2.9). Cada frase es un eco de la historia del proceso mediante el cual Dios guió, nutrió y moldeó a Su pueblo. Los cristianos son los herederos de centurias de tradiciones y promesas.

Linaje escogido

De todos los pueblos antiguos del mundo, Dios había escogido a Israel para que llevara Su nombre. «¿Ha oído pueblo alguno la voz de Dios...?», preguntó Moisés (Deuteronomio 4.32–34). Israel difícilmente podía entender sus propias bendiciones. ¿Cómo podía el único Dios del universo haber escogido un insignificante pueblo esclavizado para que fuera Su propio pueblo? Esta era la única respuesta que se les daba: «... [Jehová] os ha escogido, ... por cuanto [él] os amó, y quiso guardar el juramento que juró a vuestros padres» (Deuteronomio 7.6–9). El sentimiento de predilección que Dios le creó Israel, fue tan profundo que, de entre todos los pueblos antiguos, ellos son los únicos que hasta el día de hoy han conservado su religión y su identidad como pueblo.

Dios todavía tiene un pueblo escogido. Éstos viven en varias naciones del mundo, hablan diferentes idiomas, y observan diferentes tradiciones; pero ellos están unidos por haber sido edificados sobre la misma piedra angular, esto es, Cristo. En el bautismo, las personas llegan a ser cristianas cuando nacen de nuevo por el agua y el Espíritu. Llegamos a ser su pueblo escogido.

Que nunca se nos olvide que somos el pueblo escogido de Dios. Que nunca deshonremos ese

bendito nombre. Que siempre amemos y hagamos crecer el santo templo en el que nos ha puesto como piedras vivas.

Real sacerdocio

Aunque el adjetivo que precede a «sacerdocio» en 2.9, es diferente del que lo califica en 2.5, la idea es la misma. Pedro había usado anteriormente la palabra «santo» para describir el sacerdocio de los cristianos; en 2.9, usó la palabra «real». Los escogidos tienen acceso como sacerdotes al consejo íntimo de Dios. Cuando estaba vigente la ley de Moisés, solamente los descendientes de Aarón eran nombrados como sacerdotes. Ellos tenían el honor de ofrecer los sacrificios y de entrar en el Lugar Santo. Era un gran privilegio el poder servir como sacerdote. Fue una inestimable bendición la que Pedro le confirmó al cristiano. Expresó que en Cristo, todo cristiano es un sacerdote que tiene derecho a entrar en el Lugar Santo y a ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios.

Nación santa

Los edificios públicos, los monumentos y las inscripciones del mundo antiguo de Asia Menor, que han sobrevivido hasta hoy día, constituyen un testimonio del gran orgullo que los ciudadanos sentían por sus ciudades. No es de extrañar que los que eran sumamente leales a sus ciudades, se resintieran contra los cristianos, los cuales le guardaban su más escogida devoción a la Jerusalén de arriba. Los cristianos reconocían que ellos eran extranjeros y peregrinos en la tierra; la ciudadanía en las ciudades de los hombres es transitoria. Los gobiernos, las ciudades y sus ciudadanos entran y salen en la escena del mundo. Tito Livio, el historiador, el cual escribió unos pocos años antes de Pedro, había dicho de la Roma republicana: «Hemos llegado a un punto, en el cual no podemos soportar ni nuestros vicios ni el antídoto contra ellos». Ese es el estado al cual llegan las naciones.

Independientemente de la ciudad, a la cual fueran leales sus lectores, Pedro les dijo: «Antes de que conocierais a Cristo, no erais pueblo. Ahora sois nación santa, pueblo de Dios, los que habéis alcanzado misericordia». Pablo escribió acerca de

los efesios: «Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios» (Efesios 2.19). Para uno que había llegado a conocer a Cristo, la ciudadanía en el reino de Dios reemplazaba todos los demás objetos de su lealtad. El sentimiento de pertenencia y la identidad procedían de haber sido escogidos por Dios y de haber sido añadidos a Su pueblo a través de la muerte de Su Hijo.

CONCLUSIÓN

Hemos sido llamados a ir al mundo, a enseñarles a los perdidos, a ser la sal y levadura del mundo. Hay tiempo de expansión y conquista, y hay tiempo de repliegue, para definir quiénes somos, y para vernos a nosotros mismos como una parte del gran propósito de Dios para la raza. En 2.1–10, Pedro se aseguró de que sus lectores supieran quiénes eran ellos. Les imprimió el sentimiento de pertenencia a la comunidad de los redimidos.

La iglesia no podrá ir a todo el mundo con el mensaje del evangelio, sino hasta que los cristianos se perciban menos a sí mismos como individuos aislados, y más como pilares que sostienen a un santo templo. Si algún sentimiento de comunidad y de responsabilidad mutua ha de existir en medio del pueblo de Dios, el mensaje del evangelio va a tener que confrontar y transformar nuestra cultura, tal como confrontó y transformó la cultura de la Asia Menor del primer siglo.

Esto es lo que Christopher Lasch ha observado acerca de la cultura occidental: «La pasión que prevalece es la de vivir para el momento —la de vivir para sí mismo, no para sus predecesores ni para su posteridad».² El individuo egocentrista, el sello que distingue nuestros tiempos, podrá ser convencido por los que están seguros de que son un pueblo escogido, una nación santa. El pueblo de Dios tendrá la victoria cuando esta declaración haya sido grabada en sus mentes y en su identidad: «Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo» (2.5). ■